

Pedro Henríquez Ureña y su labor editorial: por una nueva comunidad Iberoamericana

Pedro Henríquez Ureña and his editorial work: for a new Ibero-american community

Miguel D. Mena

Transcripción: Bileysi Reyes

Universidad Autónoma de Santo Domingo

bileysireyes@gmail.com

Tengo la intención de dialogar con una obra y con un recorrido que, en cierta medida, no logramos ver, pero en el cual estamos todos implicados culturalmente. Ahora se habla mucho del futuro de los libros, de la cultura y de las humanidades, sin embargo, en su momento, Pedro Henríquez Ureña, se estuvo planteando estos temas. Hay muchas aristas, muchos países, muchos espacios y, por lo tanto, me encantaría compartir algunas de estas ideas.

Cuando se menciona a Pedro Henríquez Ureña, siempre surge la interrogante: ¿en qué lugar ubicarlo? ¿En los últimos veinte años de su vida, cuando estuvo Argentina?, ¿los ocho y cuatro años cuando residió en México?, ¿los dos años en España?, ¿los años que vivió en Estados Unidos, Cuba o Nueva York? ¿A cuál espacio pertenece Pedro Henríquez Ureña? Pertenece al espacio de los libros.

Pedro Henríquez Ureña nació en una isla en la que, debido a su situación histórica-geográfica, fue centro, primero del proceso de colonización porque Santo Domingo fue la primera ciudad europea en América y el punto de partida de todo el proceso de colonización y, por lo tanto, durante buena parte del siglo XVI juega un papel muy importante hasta que se descubren las altas culturas de México y de Perú. Más

adelante, en el contexto de finales del siglo XIX, es una isla que se mantuvo al margen de España por una serie de razones históricas. Y segundo porque, Santo Domingo, es una ciudad que tiene una gran capacidad de acogida y, precisamente, a finales del siglo XIX, no estaba al margen de todas las crisis que se daban en el Caribe en términos migratorios. Es decir, en esta ciudad se concentraba un gran número de refugiados de Cuba y de Puerto Rico, entre ellos, las figuras de José Martí y Eugenio María de Hostos.

Pedro Henríquez Ureña nace en 1884. Es un niño que tiene como tío a Federico Henríquez y Carvajal, a quien Martí le llamó hermano. Al mismo tiempo, ve cómo por su casa, además de José Martí, pasa la figura de Eugenio María de Hostos, quien trabajaba con sus padres y que fue muy importante porque, no solamente estuvo en Santo Domingo, sino también en Chile desde donde fue llamado en 1893 para reformar la educación de ese país.

Consecuentemente, en el Caribe, todo se mueve y todo se vincula. Ese niño que ya tiene diez años se va empapando de ese mundo intelectual, de críticas, de literatura; empieza a vivir en función del libro. Por eso vemos que, ya a los trece años, está vinculado con otro idioma, pues

empieza a traducir. Es un caso muy particular y menciono esto para mostrar cómo en una ciudad tan pequeña se produce una educación muy intensa, no solo en idiomas sino también en visiones con los clásicos. Pedro, niño, de alguna manera, logra proyectar, quizás, demasiada intensidad con respecto a las ideas y sus visiones. Estuvo en contacto con un tema muy importante que se discutía en ese ambiente: cómo el arte, la literatura o el conocimiento eran cosas que creaban o que podían perturbar a una personalidad bastante fuerte y consistente.

Ese niño que, a los dieciséis años no es tan niño, tiene que irse a Nueva York en 1901 y desde ahí inicia todo un periplo hasta su muerte en 1946.

En el año 1900, en América Latina, se empieza a asumir un proceso de descolonización, es decir, un tema de distanciarse de España por todo lo que significó el imperio y las colonias y, al mismo tiempo, ocurre algo muy interesante: la publicación del libro *Ariel* de José Enrique Rodó. Un texto con el que inaugura el siglo XX, no solamente en el aspecto cronológico, sino en el aspecto conceptual porque, este libro, constituye una discusión en torno a cómo nos imaginábamos en la modernidad y en la relación con los Estados Unidos y con el imperio. De esta manera, el *Ariel*, genera una serie de discusiones en toda Latinoamérica. Con este libro, inicia en cierta medida, su vida de editor.

Para el año 1901, este libro había sido motivo de estudio en Santo Domingo, año en que, Pedro Henríquez Ureña se encontraba ya en Nueva York. Cuatro años más tarde, en La Habana, y con veintiún años, publica el libro *Ensayos críticos*, con el cual define sus grandes intereses. Esta edición no solo se le puede ver como un punto cronológico de partida, sino como una propuesta conceptual de cómo pensar el mundo en el arte, en el pensamiento y en la música.

El ambiente de Cuba se reduce. En 1905, parte hacia México y allí inicia un proceso de búsqueda, de encuentros, de compartir. Llega con

todos esos libros que ha leído de los autores ingleses, filósofos del siglo XIX como Walter Pater, que después va a traducir. Pero también llega con *Ariel* de Rodó y es interesante notar cómo a medida encuentra, comparte. En 1906 de Veracruz se mueve hacia Ciudad de México y, en 1909, se crea El Ateneo de la juventud mexicana o Ateneo México donde será una de las figuras más significativas junto a Alfonso Reyes, Antonio Castro y José de Vasconcelos.

Henríquez Ureña logra integrarse de una manera muy activa en el ambiente mexicano y, al mismo tiempo, busca renovar los lazos con España, que, hasta ese momento, era vista como el imperio y como la fuente de muchos de los males de América Latina. Es en ese sentido en el cual se plantea buscar un diálogo que había iniciado previamente con Marcelino Menéndez Pelayo; comunicaciones que establece con ese envío de sus libros, no solamente a Menéndez Pelayo, sino también con José Enrique Rodó y con muchos otros autores que, de alguna manera, se preguntaban qué estaba ocurriendo. Uno de los temas que también motiva estas conversaciones era la significación de la figura de Rubén Darío.

Entonces, podemos ver cómo Pedro Henríquez Ureña operaba como agitador cultural, como pensador, como periodista, como traductor. Y ese movimiento, El Ateneo, va a tener una gran importancia en La Revolución Mexicana. En 1910 concibe sus dos primeras publicaciones *Horas de estudio*, donde sintetiza todo lo que escribe en torno al positivismo y también su primer gran proyecto la *Antología del centenario*. El porfiriato, es decir, el gobierno de Porfirio Díaz necesitaba cerrar sus más de treinta años de dominio con una gran edición donde recogiera obras clásicas de la literatura mexicana y, en esos dos tomos, participó Pedro Henríquez Ureña.

En una fotografía donde se pueden ver varios integrantes de El Ateneo de México, se puede observar a Pedro Henríquez Ureña a la izquierda, en el centro a José de Vasconcelos y en

el extremo derecho a Diego Rivera. Con Diego Rivera siempre hubo una relación bastante intensa. Pedro llegó a ser uno de los protectores de Diego al inicio de su carrera y luego también con el incidente ocurrido más tarde, en Estados Unidos, con la Fundación Rockefeller.

Henríquez Ureña es un autor al cual no solamente le seducía la academia, sino todas las artes y podemos saberlo por su motivación con la idea de Nietzsche de concebir la vida y la ética como una estética. Es decir, entre esos elementos, le interesaba crear un principio de comunidad donde la estética y el disfrute de los clásicos griegos sea tan importantes como la cotidianidad; y por eso su visión casi renacentista de lo que es la vida, el conocimiento, el trabajo. De igual manera, le atraía mucho el tema de la educación, de la síntesis y algo muy importante, en ese momento de su vida, se ubicaba en un punto donde quería pensar en la cultura de Latinoamérica y de España como una comunidad. Y, en función de eso, realizó la primera síntesis de toda nuestra cultura literaria en una tabla cronológica que inicia con la literatura española. Primero se publica en 1913 en México y, posteriormente en 1920, fue publicada en Estados Unidos. Estas tablas cronológicas luego se convirtieron en el manual con el que en Estados Unidos se reabrieron los conceptos Literatura Española y Literatura Latinoamericana.

En México la situación de la revolución llegó a tal intensidad, que obligó a Pedro a ser testigo de algunas acciones radicales, por ejemplo, el asesinato del padre de Alfonso Reyes. A partir de esos momentos, lógicamente, le surge la idea de salir de allí. A su padre Francisco Henríquez y Carvajal, le habían hecho la promesa de que iba a ser nombrado embajador dominicano en Inglaterra, pero justamente, a las dos semanas, estalla la Primera Guerra Mundial. Esta noticia sorprende a Pedro en La Habana y se pregunta qué hacer. Decide partir a Nueva York y allí inicia ese periplo por Estados Unidos. De Nueva York decide trasladarse a Minnesota a

hacer un doctorado en Letras y, al mismo tiempo, a trabajar como docente.

En 1916 conoce, en Nueva York, a Juan Ramón Jiménez. Inician una gran amistad. Escribe un texto sobre Juan Ramón y luego se convierte en el primer editor que publica en América Latina una antología de poesía de Juan Ramón Jiménez dentro de un proyecto de publicación que se llamaba *Ediciones de Cultura de México*. Ese proyecto fue muy importante porque ahí también publicó otros libros significativos como *las antologías de José Enrique Rodó y de Adolfo Salazar* que fue el primer gran musicólogo. En Nueva York también participó en el estreno de Goyescas de Granados; a la semana vio cómo al barco de Granados lo hundían y se moría.

Pedro desarrolló una gran sensibilidad ante la música. La música para él era una manera de ver el mundo y de concebir la sociedad. La música no solamente era eso que servía para amenizar la vida, sino que también era una manera de ser. Publicó el libro de Salazar, *Andrómeda*, en 1921. También en Nueva York realiza la introducción de la traducción al inglés de la primera publicación de Rubén Darío, en un libro publicado por la Spanish Society.

Pedro Henríquez Ureña no tenía las condiciones para desarrollar una obra propia, es decir, nunca tuvo las condiciones para escribir como él quería y una de sus grandes lamentaciones era tener siempre que compilar varios artículos en un libro. De todas formas, parece que le interesaba más publicar obras como esta de Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez. También editó un manual de francés y trabajó mucho con la gran editorial Hit and Company. Aquí podemos ver cómo confluía entre el francés y el inglés.

En España, en 1920, participa en asuntos que no están documentados oficialmente, por ejemplo, traduce *El Estado y la revolución proletaria*, de Lenin. Este dato no aparece en la obra de Alfonso Reyes ni en la de Pedro Henríquez Ureña, pero se sabe porque cuando fue a buscar

trabajo en el Colegio de La Plata, en el currículum dice que tradujo, junto a Alfonso Reyes, este libro. Pero al mismo tiempo que trabajaba con Biblioteca Nueva este libro de Lenin, también tradujo *Huerto de Granadas* de Oscar Wilde. Pero lo traduce bajo el seudónimo E. P. Garduño. Todavía en la “*Colección Austral*”, aparecen los cuentos de Wilde con la traducción de E. P. Garduño. Es decir, que él hacía este tipo de trabajo, no en función de un proyecto, sino debido a su sobrevivencia. Sin embargo, todo lo que hace tiene un objetivo estético y no político.

Resulta muy interesante la presencia de Oscar Wilde en la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña y también en la de Borges, sobre todo, en la manera en que ambos tienen ciertos paralelismos: ambos inician su vida literaria traduciendo, ambos parten con la idea de que la biblioteca es un mundo muy propio que permite un extramundo con relación a la ciudad o a la política y, de algún modo, desarrollan todo un concepto en torno a vivir entre los libros.

En 1920 publica su tesis de estudio sobre la versificación española irregular. Quería demostrar cómo, en los principios del castellano, no existía una sujeción al concepto de la métrica, sino que se escribía en función del verso irregular. Este libro se reeditó en 1933 y tuvo la suerte de caer en manos de Octavio Paz en Nueva York. A Paz le impactó bastante porque encontró en él una manera de redefinir su poética. Vemos entonces cómo la obra de Pedro Henríquez Ureña va recreando no solo lecturas, sino también deudas y diálogos. Hay muchas zonas en la obra de Octavio Paz —por ejemplo, su libro *El arco y la lira*— que pueden tener cierta coincidencia, tanto con este libro como con otro que se titula *Las corrientes literarias en la América hispánica*, (1954).

Pedro Henríquez Ureña no solo traduce, también tiene tiempo para la cotidianidad. En una fotografía en Salamanca, aparece junto a su amigo Miguel de Unamuno. Con Unamuno tuvo una relación bastante crítica. Tuvo tam-

bién una actitud, a veces, de roce con la otra figura del pensamiento español del momento, José Ortega y Gasset, que no siempre pudo comprender lo que era América Latina, sino que siempre nos dejaba con ese sesgo de mirada colonial.

En 1922 publica *En la orilla, mi España* que se complementaba con otro libro *En la orilla, gustos y colores*. Este libro, *En la orilla, mi España*, recupera una serie de textos en torno al nacimiento español, a un gran matemático de España y a una serie de elementos que nos vinculaba también en términos de historia colonial. Y el segundo libro, *En la orilla, gustos y colores* es un libro con base en aforismos; lo publicó en una serie de revistas y luego lo dejó en un folder. Una de sus hijas lo donó al Colegio de México.

A Pedro Henríquez Ureña le interesaba pensar en el pasado, pero no en el pasado que trata de convertir en estatuas la literatura o el pensamiento, sino de situar a los autores en su contexto. Hasta Pedro Henríquez Ureña se pensaba que don Juan Ruiz de Alarcón era un autor español. Descubrió que, en realidad, hay mucho de mexicano en su obra. Analizó y determinó esa presencia mexicana, de hecho, podríamos decir que, remexicanizó a un autor que se había ido muy joven a España, pero que nunca perdió ese principio de cultura criolla. Y él no solamente escribió sobre Juan Ruiz, también publicó su obra *Los favores del mundo*.

En 1925, se va a vivir a Argentina. Desde México había establecido relaciones con un grupo de estudiantes —de los que hicieron la famosa reforma de estudiantes en Córdoba— y, gracias a ese apoyo de los jóvenes, a la pujanza de lo que significaba Argentina y a esa pasión que sentía por figuras como Domingo Faustino Sarmiento, se marcha a Buenos Aires con su familia. Prácticamente es acogido por todas las referencias que ya tenía y, entonces en 1931, junto a escritores como Jorge Luis Borges, Ramón Gómez de la Cerna, Victoria de Ocampo y otros, funda la *Revista Sur*.

En Argentina tiene que asumir algo muy típico de nuestros países, el pluriempleo. Empieza a trabajar en la universidad, en el Colegio de La Plata y, dentro de todo ese ritmo, le da tiempo para publicar un libro titulado *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928). Este libro marcó un antes y un después de la ensayística de América Latina porque en él se encuentran una serie de reflexiones en torno a países, pero también a un concepto de modernidad que se unía a un aspecto muy local.

En México, por el tema de la revolución, se discutía la cuestión de las etnias indígenas y de lo colonial, es decir, había un gran peso de la historia. En Sudamérica, con el tema de la migración y de la industrialización, existían ya otros conceptos. Pedro Henríquez Ureña se ubica entre esos dos extremos: pensar la historia como testimonio o en la historia como un elemento para asumir nuevas conclusiones y encontrar nuevos caminos y, a su vez, asumir nuevos compromisos. En este libro, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, él se plantea el mundo que nos rodea y el mundo en el que estamos. En él hay, además, un ensayo sobre los Estados Unidos, así que, en cierta medida, nosotros somos en función de ese saber y de ese ser colonial.

Alrededor del 1937, publica la obra *Antología clásica de la literatura argentina*, que es de alguna forma, una manera de pensar la literatura argentina. En 1910 había recibido el contrato para ese gran proyecto que fue la *Antología de la literatura mexicana, en Argentina*, con Kapelusz, realiza este trabajo con Borges. En esta antología de poesía argentina, podemos notar a un Borges más académico, uno que trata de adaptarse a ese concepto de cómo pensar la argentina en sus doscientos años de historia literaria.

En 1925 había publicado *La Utopía de América*, que es un libro muy esencial. En la República Dominicana, hemos establecido el Premio Pedro Henríquez Ureña y, hace unos años, se lo otorgamos a Ernesto Cardenal, quien hizo un brillante trabajo sobre cómo *La Utopía de Amé-*

rica tiene una vinculación muy orgánica con la etiología de la liberación. Él hacía una comparación, bastante interesante, para demostrar que, la filosofía, no solamente es un sistema para conocer el mundo, es una manera de plantear un tema esencial, en este caso, la justicia social.

Pedro recuperó al español Luis Carillo y Sotomayor. Siempre en él se daba ese proceso. A veces publicaba, en un año, tres o cuatro textos que, quizás, no tienen nada que ver los unos con los otros, pero que se debe a que, básicamente, existían urgencias económicas, sin embargo, a todo trataba de darle calidad. Un ejemplo de esto es su reflexión sobre la novela en América. Para él, la novela, no solo era la ficción que juega el papel de evadirse, sino en cómo uno puede plantearse su propia realidad, es decir, la ficción es también lo más real que puede producir una sociedad.

En su labor editorial, durante los años 30, estuvo muy pendiente de Espasa-Calpe, que fue la primera gran editorial moderna de España que cruzó a América. En aquel entonces, el representante de esta editorial en América era Gonzalo Losada. En Buenos Aires se dio la idea de filtrar una serie de autores españoles para publicarlos en Latinoamérica y, al mismo tiempo, recuperar algunas obras. Pedro publicó las Obras escogidas de Sor Juana Inés de la Cruz. Lo hizo sin su nombre; muchas de sus publicaciones no las firmaba. Al mismo tiempo, recuperó *El Lazarillo de Tormes* de Espasa-Calpe, pero para publicarlo en Buenos Aires en 1937. Ese trabajo editorial le permitió valorar la idea de hacia dónde puede ir nuestra imaginación en el sentido de dialogar con la tradición.

Cuando estalla la Guerra Civil Española, en Espasa-Calpe ocurre una especie de crisis donde los libros no pueden entrar, ni salir, ni circular. El representante de esta editorial en Buenos Aires funda la suya propia, Editorial Losada. Pedro se convierte en inversionista, en corrector, en editor, en lector y, luego, se le ocurre, a partir del éxito que tuvo con la *Colección*

Austral, otra colección titulada *Las cien obras maestras de la literatura universal*. La primera de esas cien obras era *El facundo*, de Sarmiento. La idea era ofrecer un producto de calidad ya sea en tapa dura o blanda, un respaldo de un buen prólogo, buenas ediciones con notas, etc. Para este proyecto empleó a una serie de amigos, como Pedro Salinas, para que verificara *El cantar del Mío Cid* y, específicamente, a muchos intelectuales argentinos. Lamentablemente no se pudieron publicar las cien obras, llegaron hasta cuarenta, pero lo interesante es que son novelas populares y juegan un papel muy importante porque ofrecen un producto de calidad. Eran obras que circulaban por toda América Latina gracias a Editorial Losada que había iniciado una especie de renacimiento de la industria editorial argentina, en función de lo que ocurría en España.

El Instituto Filológico de la Universidad de Buenos Aires, fue un proyecto que se había creado a finales de los años 20 y que tuvo como primer director, Américo Castro, quien, en 1925, llegó a discutir con Borges con respecto al tema del nacionalismo. Había escritores que se planteaban que el argentino era un idioma y, Américo Castro, con toda su “razón castellana” proponía que era un exceso, pero no lo manejó de la mejor manera. Lo que hizo la central, en España, Ramón Menéndez Pidal, fue emplear a un joven autor que recién se había graduado, y que había llegado desde Hamburgo, Amado Alonso.

Amado Alonso llegó a Argentina en 1927 y se llevó a Pedro a trabajar en ese instituto. A raíz de las discusiones anteriores, comenzaron a plantearse una serie de libros donde llegaron a trazar el castellano de América: cómo lo hablamos, por qué hablamos, cuáles son los referentes que hay en los grupos sintácticos, dialectológicos, etc. Luego, en los años 30, iniciaron una serie de publicaciones en torno al castellano de América. Al mismo tiempo en que trabajaba la lengua con niveles científicos, Amado Alonso, hizo la primera traducción de *Saussure* al español, también tradujo al gran romanista alemán

Karl Vossler. Una de las cosas más destacables de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso es esa capacidad de producir grandes textos de la forma más compleja —a veces intragables— con textos como *La gramática castellana para el primer y el segundo curso*, que es un libro de textos que se imprimió y estuvo utilizándose en Argentina y en toda Latinoamérica hasta los años 70. Todavía es un texto que no ha podido ser desplazado, en términos del gusto de lo que es la enseñanza.

Pedro, en Argentina, tiene una situación muy particular de mucho trabajo, sin embargo, donde más se le acoge y se le aclama es en Montevideo, Uruguay. En Uruguay lo reciben, tanto por lo que ha escrito, como por en la difusión de la obra de José Enrique Rodó. Allá le hacían preguntas de lo que pasaba en México —pues tenía una visión bastante propia de la Revolución mexicana—, también le preguntaban de lo que ocurría en España, aquellos momentos de intranquilidad de los años veinte. Pedro era como una especie de interlocutor, no solamente para Uruguay o para Argentina, con relación a conocer los otros países, sino también para los Estados Unidos.

En el año 1942, como ya habíamos visto, trabajaba en el Colegio de La Plata. Todos los días tomaba un tren que se encontraba en la estación de Constitución y se movía casi dos horas a impartir sus clases y regresar, trabajaba en Editorial Losada, en el Instituto de Filología y era consejero en la *Revista Sur*. Animaba un grupo de exposición sociológica y también, grandes discusiones en Buenos Aires donde podemos constatar cómo de repente se estaba pensando lo que era ese mundo de preguerra.

Al mismo tiempo, en el año 40, recibe de la Universidad de Harvard, un llamado para dar unas clases que se denominan Conferencias Charles Eliot Norton. Eran muy importantes porque él era una personalidad de la cultura. Se tomó dos meses de trabajo para escribir su gran obra *Las corrientes literarias en América hispánica*. Esta es la primera obra donde se piensa, de ma-

nera compacta, la relación entre Literatura y Sociedad en América Latina y tiene el encanto de que incluye también a Brasil como parte de la cultura de este subcontinente.

Pedro Henríquez Ureña es conocido también como una figura de ficción, gracias a Borges. En el compendio, *Obra crítica*, donde recoge la mayoría de sus libros, fue publicada en 1960 y tiene un famoso prólogo que le hizo Borges. Dos años después, el propio Borges, escribió en su libro *El oro de los tigres* (1972), un famoso cuento titulado “El sueño de Pedro Henríquez Ureña”. Pedro fue una figura, no solamente intelectual, sino también una metáfora. Es además un personaje en la novela *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa, porque, en aquella época, vivía en Santo Domingo y se había convertido en una figura de esa trama que tiene que ver con el Caribe.

Hay algo interesante sobre la *Obra crítica* que fue publicada por el Fondo de Cultura Económica. Cuando se estaba formando esta entidad, que fue la gran empresa estatal de México en términos culturales, su dirección cayó en manos de uno de los discípulos de Pedro, Daniel Cosío Villegas. Lo primero que hizo, Cosío Villegas, fue pedirle a Pedro una lista de obras para editar y crear la Biblioteca Americana. Se pensaba en esta biblioteca como un proyecto que daría conocimiento sobre las grandes variedades de nuestra cultura latinoamericana. Esa lista de Pedro que fue publicada constituye uno de los fuertes del Fondo de Cultura Económica. Inicia con el Popol Vuh, y va siguiendo esa tradición de literatura latinoamericana, también temas de actualidad y de política. Cuando uno compra esas ediciones del Fondo de Cultura Económica encuentra las letras impresas: Esta biblioteca fue fundada en honor a Pedro Henríquez Ureña. Henríquez Ureña es un autor actual. Usted podría ir a la Casa del Libro en Madrid y comprarse la obra *La Odisea*, publicada por Losada; en esa edición actual, podrá ver que tiene el prólogo que escribió Pedro en el año 1941. Es decir, estamos frente a un autor que,

no solamente pertenece a una época, sino que tiene un legado.

Un aspecto interesante de él es que acerca al lector a una sensibilidad de la calle, donde lo más interesante de la cultura son los principios de cultura democrática. Cuando yo estudiaba Sociología, siempre que tratábamos el tema de Marxismo y de Lenin, se recuperaba esa discusión con la Rusia de los años 20 en torno a cuáles eran los valores democráticos de la cultura. Pedro ya estaba pensando eso y lo hacía en muchos aspectos. Su tesis de Derecho fue sobre la universidad y, ese texto, le dio cierta base conceptual de lo que es actualmente la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Obrera y también las clases de verano, que en México fueron muy importantes. Es allí, en las clases de verano, que consiguió, su gran empleo, el poeta León Felipe cuando llegó a México. Él siempre recordó a Pedro con agradecimiento por el hecho de que, en esa especie de vacío que tiene el área escolar entre un tema y otro, había personas que no eran tan prolíficas, pero que sí podían hacer algo práctico en términos de educación, sin tener que pensar únicamente en los títulos, sino también en el concepto de comunicación y de conocimiento.

Pedro Henríquez Ureña se movió por muchos espacios y por muchos temas. En algunos casos se fagocita, en otros se transforma. A veces es el gran autor, otras el gran consejero, sin embargo, en todo lo que hizo, buscaba dignificar el conocimiento, la creación y, sobre todo, forjar una comunidad de personas que conocieran el valor, que no solo es de la pintura o de la música, o ese concepto de valor de cambio. Por esta y otras cosas, me ha pasado, cuando he publicado cosas de Pedro, cuando he ido a México, a Buenos Aires, con mucha frecuencia he encontrado con personas que me han dicho: Mi papá estudió con Pedro, o Mi abuelo conoció a Pedro. Es un intelectual que no se circunscribe en la academia o en los periódicos, sino que más bien, comparte lo más importante de la vida, justamente eso, la vida.